

2. Identidad y nación

Comentario a la ponencia de María Teresa Gramuglio

Adriana Rodríguez Pérsico

Universidad de San Pablo

Muchas coincidencias con el texto de María Teresa Gramuglio; algunas disidencias. Gramuglio hace una puesta al día del debate sobre los nacionalismos, subrayando los límites de ciertas posturas críticas que constriñen la problemática a una cuestión temática. Gramuglio, por el contrario, va a hablar de formas, sosteniendo la necesidad de usar los nuevos aportes de la teoría para evitar rótulos simplificadores. Propone volver sobre los escritores nacionalistas clásicos para examinar cómo la ideología orienta elecciones estéticas, por ejemplo, la construcción de las imágenes de escritor o las narrativas de la nación; un segundo paso consiste en ensanchar el campo de trabajo haciendo ingresar textos anteriores al momento de surgimiento del nacionalismo o enfocar la producción de escritores no nacionalistas que trabajen, de algún modo, determinados motivos que estructuran los discursos nacionalistas.

Creo que una cita clave que hila las argumentaciones es la de Seamus Deane: "Todos los nacionalismos tienen una dimensión metafísica, pues todos están guiados por una ambición de realizar su esencia intrínseca en alguna forma específica y tangible. Esta forma puede ser una estructura política o una tradición literaria". En un movimiento que va de lo general a lo espe-

cífico, de la teoría al análisis literario, Gramuglio elabora este encuentro entre proyectos político y literario fechando la aparición del nacionalismo argentino en la consolidación del estado liberal. Con las reflexiones de Gellner por soporte teórico, reafirma, entonces, la congruencia entre unidad nacional y unidad política. Vuelvo sobre la cita: "dimensión metafísica", "esencia intrínseca", "forma específica". En el texto de Gramuglio esta forma específica ancla en una lectura refinada de *La guerra gaucha* de Leopoldo Lugones, una epopeya "rara", según sus palabras.

Éste, el de la forma epopeya, es un concepto crucial en el desarrollo de las argumentaciones. Si en lugar de referirnos a las distintas inflexiones de un género, usamos el concepto de discurso que determina modos retóricos peculiares, podemos arriesgar la hipótesis de que Sarmiento, en su *Conflicto y armonías de las razas en América*, es el fundador de un tipo de retórica nacionalista que tendrá sus exponentes máximos en nuestro siglo. Más que una cuestión de fechas o paternidades, interesa el surgimiento y la vigencia de un pensamiento que exige, casi sin excepciones, opciones de hierro a partir del célebre binomio civilización-barbarie. Nacionalismo-internacionalismo; nacionalismo-cosmopolitismo; na-

cionalismo-modernización; el nacionalismo aparece siempre pegado a un término contrario. Aunque el binarismo sea un rasgo inherente al pensamiento occidental, parecería que en nuestro país la organización de la experiencia en torno a dicotomías pesa en las políticas sociales, económicas o culturales. Sospecho que la oposición madre se encuentra en dos términos —*patriota o traidor*— que acuñados en el siglo XIX, durante las luchas por la independencia, recalcan según las coyunturas y las épocas en esas otras dicotomías tan rígidas como la primera. El epíteto resume y esencializa porque ser patriota o traidor lejos de constituir una fatalidad implica una vocación.

Los dos gruesos volúmenes de *Conflicto* ponen en marcha el interrogante sobre la identidad social de esta parte del continente. Distintos cuerpos teóricos y científicos hacen sus aportes para contestar la pregunta inicial: “¿Qué es la América?” Sarmiento construye la respuesta a este interrogante esencialista en la confluencia de discursos provenientes de la literatura, la biología y la antropología evolucionistas, una historia institucional, una historia social y la teología judeo-cristiana.

En líneas generales, los discursos nacionalistas promueven políticas discriminatorias. Nacionalismo y racismo son dos términos que, a menudo, se autoimplican. Las preguntas por la identidad son recurrentes en las políticas exclusionistas que surgen en tiempos de crisis. Cuando se formulan, cuando la cuestión se convierte en debate público significa que los grupos más fuertes se consideran amenazados. Desde este punto de vista, el racismo no consiste en prejuicios más o menos abstractos e individuales sino en una relación social específica en una situación histórica dada. Así lo define E. Balibar en su artículo “Racisme et nationalisme”. Distingue allí varias formas de racismo: teórico o doctrinario y espontá-

neo, interior y exterior, institucional y sociológico, de exterminación y de explotación. *Conflicto* es un ejemplo de discurso discriminatorio que no incluye el signifi- cante raza sino que pone en el centro el antiguo motivo de la muerte por la patria, en donde el discurso de la raza se confunde con el discurso de la nación.

La guerra gaucha recoge varios de los elementos presentes en Sarmiento. El discurso nacionalista y épico tiene, en Lugones, un desarrollo paralelo, mezclado —a veces— con el discurso fantástico que incorpora tanto las explicaciones positivistas como las ambigüedades de las ciencias ocultas; la tercera textualidad extrema los procedimientos poéticos modernistas. De 1905 son *La guerra gaucha*, *Los crepúsculos del jardín*, y de 1906, *Las fuerzas extrañas*. Publica en 1909 *Lunario Sentimental*, al año siguiente aparecen *Odas seculares*, *Prometeo*, *Didáctica*. En la separación de discursos podría leerse el intento de no mestizar, de mantener las diferencias, enfatizando la actitud distante y crítica del mercado y la cultura de masas. Gramuglio tiene razón al considerar *La guerra gaucha* como un texto de cruce que preanuncia otras apuestas político-estéticas: la convergencia entre criollismo urbano y vanguardia literaria de Borges.

Dejando momentáneamente *La guerra gaucha*, el examen de *Las fuerzas extrañas* arroja luz sobre una constante en la prosa de Lugones que vincula lo fantástico y lo esotérico con el discurso nacionalista y anticipa el camino final hacia el autoritarismo de los años treinta. Incluida en el título, la idea de *fuerza* organiza los cuentos. En la mayoría de estos relatos, la primera persona del narrador es destinataria de una revelación que cae fuera de los límites de la racionalidad. La revelación hecha al narrador se completa con las profecías del ensayista. Profecías y revelaciones arman una

trama de sentidos religiosos o trascendentes en la que están en juego las nociones de poder y de fuerza. Toda fuerza necesita el dirigente capaz de encauzarla pues lo pequeño puede desencadenar la tragedia, poner en movimiento lo desconocido. En "Un fenómeno inexplicable", el drama del inglés, una experiencia de desdoblamiento de la personalidad, en la que el otro es un mono, —el antecesor irracional y monstruoso— consiste en que ha perdido "el concepto de la unidad". Amenazados por la locura, los buscadores fragmentan el mundo y su propia subjetividad. La desintegración de la armonía desemboca en la aniquilación del Fausto moderno.

Más allá de las historias sobrenaturales, de los ambientes antiguos y de los enunciadores provenientes de épocas lejanas o leyendas bíblicas, queda la idea del dominio o la liberación de la fuerza y de las consecuencias desastrosas de la quiebra de la unidad cósmica. Para citar dos ejemplos paradigmáticos, "Yzur" y "Los caballos de Abdera" narran núcleos fundadores del discurso nacionalista lugoniano. En "Yzur", el momento de mayor humanización del mono —que es la adquisición del lenguaje— trae aparejada la muerte y antes de la última exhalación, el animal pronuncia las terribles palabras que contienen el éxito del hombre, el superior: "—AMO, AGUA. AMO, MI AMO..." (p.166). El cuento narra una historia de sumisión mediante la violencia; la victoria del más fuerte sobre el más débil así como el acto de suprema resistencia del dominado: el mono guarda silencio hasta el momento final de su vida; cuando muere decreta su propio triunfo fugaz sobre el señor.

La humanización de los caballos de Abdera conduce a la rebelión salvaje; el aburguesamiento y los refinamientos trasladados a los animales desemboca en el ataque de la horda. La batalla final se insinúa en la

irrupción del personaje de Hércules que encarna al superhombre. Aquí los términos se invierten en la medida en que la naturaleza irredenta cumple la misión de salvar a la sociedad de la catástrofe que ella misma ha causado. La narración describe con detalle los peligros de las masas cuando éstas desean liberarse de sus patrones "naturales" mediante el odio y la destrucción. La necesidad de un líder que dirija las fuerzas encuentra representación en *La guerra gaucha* en la figura del jefe militar; el lamento por la unidad perdida determina el regreso imposible a la epopeya clásica y su reemplazo por la forma cuento.

En su artículo "Literatura y nacionalismo: Leopoldo Lugones y la construcción de imágenes de escritor", Gramuglio ya había rastreado las continuidades y los cambios del proyecto literario de Lugones a través de las imágenes del escritor nacional hasta llegar al escritor legislador de *La Grande Argentina*. Frente a soluciones demasiado simples que separan el nacionalismo literario de Lugones del nacionalismo político de sus artículos y conferencias de la década del veinte, Gramuglio afirma la coherencia de un proyecto y una trayectoria ya que

[...] la aparición de elementos reconocibles de esa retórica nacionalista [...] en los textos de Lugones es bastante más temprana que la de su nacionalismo militante [...] los elementos nacionalistas adquirieron en su proyecto literario un sesgo netamente político al engarzarse en la problemática del nacionalismo oficial.

El trabajo presente explica la elección de una forma planteando la discusión sobre la posibilidad de escribir una epopeya moderna que dramatice el valor pedagógico de la épica tradicional. Gramuglio se detiene en la construcción de los héroes —y las heroínas—, el relato de las tradiciones y el examen de la lengua elegida por Lugones don-

de ve una guerra contra las soluciones propuestas por el criollismo culto o popular. Lugones, dice Gramuglio, "hace estallar los límites del 'criollismo posible' aceptado en el circuito de la literatura alta". Transgrede así las políticas lingüísticas aconsejadas por González, Obligado o Quesada. ¿Cómo escribir la epopeya nacional? Lugones responde con su propia fórmula: extremando los recursos modernistas, escribiendo como no le gustaba a Borges, con todas las palabras del diccionario y algunas más.

En rigor, mis desacuerdos con el texto de Gramuglio se traducen en la voluntad de hacer algunos agregados. Gramuglio articula en *La guerra gaucha* el erotismo con la guerra: "[...] el heroísmo patriótico acaba por santificar el erotismo y la muerte por amor al jefe converge con la muerte gloriosa por amor a la patria". Enamorados del jefe, la mujer o la patria, los montoneros aceptan orgullosos su destino trágico. Acertada resulta su interpretación de la figura de Güemes como el jefe supremo capaz de organizar la guerra y pensar al mismo tiempo la política esbozando los conflictos entre las provincias y Buenos Aires, entre unitarios y federales o entre doctores y pueblo, así como el análisis de las representaciones de las heroínas que unen el cuerpo de la mujer al cuerpo de la patria, tal los ejemplos de la señora blanca de "Juramento" o la mulata de "Artillería". No obstante, yo agregaría que hay otros héroes y heroínas no menos importantes y en esto, me parece, radica una torsión importante del texto: cito, como ejemplos, los indios patriotas —una de las pocas representaciones positivas de la literatura argentina— y la bruja patriota que pone en primer plano el relato "Castigo", el idiota patriota de "Vado", el sacristán indio de "Dianas". Leídos en continuidad, los cuentos dicen que la guerra es una empresa colectiva y solidaria. Esta misma idea está subrayada en la construcción de

los personajes montoneros. Y aquí mi lectura se aparta de la de Gramuglio. Dice la crítica: "[...] si Güemes es la *cabeza* pensante de la guerra, el gaucho patriota resulta ser su *cuerpo* mudo. Objeto y no sujeto del relato, movido por instintos, representado como una fuerza de la naturaleza, cercano a los animales y a las piedras [...]". La voz del gaucho está prácticamente elidida del texto; el narrador detenta la autoridad de la voz, presentándose como el organizador y el hacedor de la memoria patria; en este sentido, Lugones enuncia la historia pasada legándola a las generaciones venideras. Sin embargo, ¿por qué no vincular esa ausencia con el carácter anónimo de una lucha de resistencia nacional, según las palabras del escritor en el inicio de su texto, con el objetivo de homogeneizar las voces y las experiencias?

Wallerstein sostiene que en el concepto de pueblo se encuentra la dimensión temporal del pasado. El *tiempo preferido del discurso nacionalista es el pasado*, porque allí se encuentra un tesoro perdido que hay que *restaurar* o *redimir*. Sabemos que ambos términos —restaurar y redimir— constituyen lugares comunes de la retórica nacionalista que construye los sentidos del pasado y los usa como instrumento contra los adversarios presentes. Esta tarea es asumida en *La guerra gaucha* por un narrador culto. Pero si la palabra del gaucho está silenciada, se destacan una cantidad de saberes que le pertenecen: el canto, la habilidad para el rastreo, la medicina popular, la doma de animales, la caza del tigre, la guerra, la fabricación de armas, la platería. Los montoneros saben sobre todo callar y resistir. Ese sujeto colectivo se individualiza en el relato final cuando encarna en la figura de Güemes, el caudillo que recoge todas las subjetividades en una imagen que superpone al héroe con la patria.

Para finalizar, quisiera ensayar algunas

reflexiones sobre el auge actual de los nacionalismos. Como demuestra la violencia desencadenada en el primer mundo contra los inmigrantes o las guerras incesantes en Europa oriental, el énfasis sobre las diferencias se ha vuelto amenazante en la vida cotidiana. Un siempre lúcido Enzensberger describe en *La gran migración* la "herencia del tribalismo" en los siguientes términos:

La pobreza y la discriminación han llevado a la ideologización de las minorías, básicamente en los Estados Unidos, pero también en Gran Bretaña y en Francia. Los marginados invierten las reglas del juego y se cierran hacia fuera. Cada vez es mayor el número de grupos étnicos que reivindican su "identidad". Y no queda demasiado claro a qué se refieren. Los portavoces militantes proclaman reivindicaciones nacionalistas, cuyos lemas retoman en ocasiones la herencia del tribalismo.

Las diferencias que más estremecen son las que se nacionalizan. Los procesos de construcción de identidades nacionales desenvuelven estrategias de integración pero exigen paralelamente políticas de exclusión trazando fronteras que separan a los otros de nosotros. El único epíteto que opera como marca de reconocimiento de esos otros es el de *enemigo*. Décadas atrás, Fanon descartaba el correlato metafísico inherente a una búsqueda esencialista de la identidad planteando el problema desde la perspectiva de la lucha política. Si aspiramos a la libertad, encontraremos nuestra identidad, afirmaba Fanon en la época en que todavía cabía la posibilidad de pensar los nacionalismos en términos de liberación, dentro del marco de las sociedades coloniales. La identidad como acción conjunta de una comunidad en un espacio y un tiempo históricos.

Por el contrario, cuando la identidad nacional no asienta en la memoria histórica y

prefiere los recodos de la leyenda entra en el tiempo circular de la repetición. En ese punto, el espacio privilegiado es el de una utopía retrospectiva. Las utopías regresivas tienen en común la eternidad de lo ahistórico. Siempre que el origen de la identidad —momento obviamente imaginario— está teñido por un sentimiento nostálgico que despierta la conciencia de un tesoro perdido, el presente es entrevisto como una época de decadencia. Hay que identificar, nombrar, entonces a los culpables de tal estado de cosas. Ahí entran en juego los diferentes, los chivos expiatorios que cambian de nombre según las sociedades y las coyunturas. Ahí comienzan a generarse los relatos que cuentan los inicios y el desarrollo de la identidad perdida.

En el campo de la reflexión crítica, podría pensarse en dos movimientos que provocan acciones divergentes y a menudo opuestas. La tarea de deconstrucción de la representación de las diferencias —por ejemplo, de las identidades subalternas— es paralela a la tarea de construcción de las redes de diferencias que realizan las minorías. En el primer caso, se trata de un discurso perturbador en tanto pretende la impugnación; el segundo está animado por un espíritu conciliatorio que enfatiza las armonías internas y disfraza cualquier tipo de fracturas para subrayar las acechanzas que provienen del exterior. El discurso sereno para los iguales se torna guerrero para los otros. Los conflictos estallan cuando las micropolíticas rompen su pequeño espacio de acción y aspiran a ocupar un espacio total. En circunstancias específicas, los discursos constructores de identidades adoptan posturas mesiánicas o xenóforas.

Me pregunto si no habremos llegado a un punto en que las reflexiones comienzan a girar sobre sí mismas en un movimiento repetitivo que impide avanzar. En el debate sobre el derecho a las diferencias, parecen

imponerse algunas distinciones puntuales: ¿de qué tipo de diferencias hablamos cuando hablamos de diferencias?, ¿para qué son usadas esas redes de diferencias? ¿Quiénes enuncian las diferencias? Quizás una posi-

bilidad de salida esté en la producción de discursos que apunten, más que a la reivindicación de las diferencias, a articular las distintas culturas vigentes en cada sociedad. □